

KORIMBA.COM

STORY IN SPANISH

ALBERTO CAÑAS

EL PLANETA DE LOS PERROS

Me ordenó viajar al planeta Selomit (nosotros, como es natural, preferimos dar nombres hebreos y no griegos o latinos a los planetas), e informarle sobre las cosas que allí observara.

Nadie estaba enterado de sus actividades recientes, pero las conocí cuando me dio la orden. Se había pasado seis de sus días trabajando, y, siendo aquél el séptimo, lo dedicaba a descansar; por ese descanso, y por la confianza que me tiene, delegaba en mí la vigilancia del Planeta Selomit, donde habíase dedicado, durante esos seis días, a una labor como hacía miles de años no realizaba, y que a ustedes les sonará familiar: la luz y el firmamento el primer día; la tierra, los mares y lo verde el segundo, y así sucesivamente. Pero en Selomit introdujo un cambio, resultado de la enojosa experiencia anterior, y fue que al sexto día no hizo aparecer en el planeta nuevos habitantes. Se limitó a pequeños perfeccionamientos, leves reajustes, modificaciones en el diseño de algunos árboles y batracios y en el tamaño de las flores, retoques a determinados rumiantes y paisajes, variaciones en el color de ciertos mares, distintos modelos de nieve. Pero ninguna especie adicional o de sexto día. Un planeta, en fin, sin ustedes. Perdonen, pero comprendan.

Por supuesto –y no procuró evitarlo– entre los seres que fue depositando en Selomit hay ciertas jerarquías y gradaciones; y dentro de un orden que a nosotros siempre nos ha parecido lógico, los que llegaron de últimos –como sucede en el planeta de ustedes– ocupan el lugar más alto de la escala. A los de Selomit los conocen ustedes muy bien; son inteligentes, leales y nobles. Ustedes les llaman perros.

Selomit es una obra maestra. Desde mi llegada pude palpar que había corregido muchos errores de la experiencia anterior. La estructura material, por ejemplo, hace imposibles las grandes catástrofes naturales como terremotos, avalanchas e inundaciones. Todo lo diseñó con mayor precisión y aún con mejor gusto. Y aunque no lo crean, utilizó ciertos productos de la inteligencia de ustedes en la construcción del nuevo ordenamiento. Llegó incluso a esperar un mayor enfriamiento en Selomit antes de comenzar su trabajo, con el propósito de evitar edades de fuego, de hielo y de piedra, así como otras cosas de esas que luego hacen muy incierto el trabajo de los historiadores.

No hay un paraje en Selomit que no sea bello, ni un sector inútil; todo está arreglado allí para garantizar a los habitantes el disfrute de una temperatura agradable y una

exis-tencia tranquila. La ausencia de ustedes, por supuesto, va a contribuir.

Me coloqué sobre el planeta a tomar notas sobre el inicio de la vida activa. Los animales parecían satisfechos; las fieras estaban despojadas de la peligrosidad que ustedes les conocen; a todos los habitantes los dotó de costumbres vegetarianas para evitar los odios, las desgracias y las querellas.

Desde el primer momento pude notar que los perros, los que ustedes llaman perros, habían adquirido conciencia de ser los reyes de Selomit y los llamados a evolucionar con mayor rapidez, a desarrollar con más eficacia su mente, y a crear una civilización, que todavía no sabemos cuál será porque les dotó de libre albedrío, así es de optimista.

Después del experimento horrible con ustedes, y perdónenme el decirlo, yo no habría corrido semejante azar.

Eran seis parejas de perros iniciales. Esta vez no quiso poner una sola como en el caso de la Tierra, ya que los descubrimientos científicos de ustedes le hacen temer las consecuencias biológicas de la reproducción entre parientes-cercanos; de manera que Selomit ha iniciado su vida con seis parejas de cada especie animal. Es admirable cómo se entienden. Se nota un profundo amor entre ellos y lo mismo ocurre entre especie y especie. A juzgar por todo cuanto observé, Selomit será un gran éxito; el mejor que hayamos tenido. Lo terrible fue que me tocó presenciar la primera muerte.

No la esperábamos para ese día, pero fue totalmente accidental: había por allí una pequeña roca graciosamente colocada a pocos metros de un río, pero la estética no siempre se conforma con la seguridad, y un pesado elefante posó su pata sobre ella y la hizo desprenderse, dando pesados tumbos, hasta el río. Al pie de la roca estaban los doce perros, recreándose plácidamente. Uno de ellos no tuvo la agilidad necesaria para apartarse a tiempo, e inevitablemente murió aplastado.

Fue una escena terrible. No tan terrible, claro está, como la de Caín y Abel –que nunca la hemos podido olvidar–, porque en ésta no hubo crueldad de por medio. Fue un simple accidente y nadie tuvo la culpa.

El dolor de los reyes del planeta Selomit me sobrecogió: desconocían la posibilidad de la muerte; no lograban explicarse por qué su compañero yacía inanimado y sangrante sobre el suelo, y lo llamaban a grandes voces sin comprender cómo no les respondía. El silencio y la inmovilidad del cadáver fueron poco a poco haciéndoles comprender que su compañero ya no era más. No habían contado con esto, primer hecho trascendental de su recién comenzada historia.

Era un tremendo golpe, una triste experiencia desconocida: quien había sido compañero, amigo o pariente, en todo caso un ser querido, se transformaba en breve

tiempo en una cosa inmóvil e insensible, incapaz de atender, de exhalar aliento o ruido.

Conforme la descomposición crecía, más se preocupaban por determinar una conducta a seguir. Intentaron sumergirlo en el río, pero el agua fue impotente para detener la hediondez. Finalmente atinaron a excavar un hoyo y en él depositaron a su compañero. Cuando cubrieron el hueco y desapareció el trágico olor, las lamentaciones se hicieron más fuertes.

Hasta que uno de los sobrevivientes pidió silencio y, empleando un lenguaje solemne que para ustedes sólo sería un ladrido, les dijo más o menos estas palabras:

-Lo que ha ocurrido a nuestro amigo es lo mismo que, según hemos visto, sucede entre las bestias inferiores. Pero nosotros no somos como ellas, y bien lo sabemos. Nuestro amigo, tan querido y estimado por todos, no era esa carroña rígida y desagradable que acabamos de enterrar. Era algo más. Enjuaguemos nuestro dolor y convengamos en que la esencia auténtica de su ser no está enterrada en ese hoyo, sino que ha partido más bien con algún rumbo superior, desconocido aún para nosotros. Contemplémonos y reconozcamos que algo inasible, algo inaccesible nos habita y nos distingue de los demás seres que comparten con nosotros la vida. En el mismo instante en que la miseria corporal nos inanima y silencia, ese algo se traslada a residir en un sitio más alto. Consolémonos pensando en ello, y esperamos que nuestro Creador nos permita reunimos con nuestro compañero, algún día, si nos hacemos dignos de tal premio.

Eso dijo. No, por supuesto, con las palabras que yo he empleado; pero expresando las mismas ideas.

Los demás asintieron y disminuyeron notablemente sus manifestaciones de desesperación. El que hizo el descubrimiento cobró gran ascendiente y los otros le confiaron la tarea de buscar nuevas verdades parecidas y los medios de obtener el esperado premio. A ese propósito, le apartaron de la vida común, como homenaje.

Cuando le informé de esto, recibió mis palabras con una sonrisa comprensiva y paternal.